

# Nostalgias de un recuerdo, o para que no muera el recuerdo

María de los Ángeles Gálvez Blanco

Las letras no son mi fuerte; de estudiante participé en algunos concursos y escribí para mis amigos algunas semblanzas y, como todos los adolescentes, poemas; pero quisiera, como póstumo homenaje a mis abuelos, dar testimonio de lo que tantas veces les oí contar referente a sus sueños, sus esperanzas, lo que vivieron en su niñez y juventud en la tierra que los vio nacer y que no los pudo volver a recibir, porque partieron de ella con un sueño que, a pesar de repetírselo muchas veces, no se cumplió.

Mis abuelos nacieron en España, en la provincia de Zamora, en el poblado de Rabanales; actualmente, uno de los 248 municipios de esta provincia española. Rabanales hoy cuenta con 746 habitantes. Allí se conocieron de niños, pero quiso la vida que unieran sus vidas muy lejos de dicho lugar: fue aquí en Cuba, en la provincia de Matanzas donde contrajeron matrimonio y crearon la familia, de la cual soy parte. Los protagonistas de esta historia de emigración son: Juliana Fernández Rodríguez, Isidoro Blanco Rivas y sor Pureza María Fernández, la hermana menor de mi abuela, que jugó durante toda su vida el papel de puente entre la nueva familia que formó mi abuela aquí, en Cuba, y el resto de su familia que quedó en España: Para ellos mi mayor anhelo de dar fe de sus vidas en estas sencillas letras.

Mi abuelo era el más pequeño de dos hermanos. Llegó al mundo el 17 de marzo de 1900; nació con el siglo mismo, sin la presencia física de su padre, Nicolás, que trabajando en unas minas de carbón, desdichadamente perdió su vida, cuando aún estaba en el vientre materno. Así que desde sus primeros años, conoció los rigores del trabajo y lo duro de la vida sin un padre; crecía al lado de su madre, Luisa, y su hermano Nicolás, quien sólo era un año mayor, así que era otro muchacho; otros familiares que le oí mencionar fueron: su tío Matías, carpintero y viudo también, hermano de su mamá, con quien aprendió el oficio más tarde, y su primo Manolo, hijo de Matías. Mi abuelo trabajaba en el campo como jornalero y ayudaba a Matías en la carpintería, por lo que

con el transcurrir de los años se fue interesando por el oficio de carpintero y ya a los 14 años, conocía bien el oficio; no así Manolo, a quién no le gustaba el trabajo con la madera.

Con el de cursar de los años la carpintería le daría el sustento a la familia que él crearía lejos de su terruño. Pero el trabajo del campo le fascinaba: arar la tierra, cosechar patatas, hortalizas y hasta el trigo, tan importante en todos los tiempos; y criar ovejas, gallinas, cerdos. Así que trabajaba con el afán de algún tener alguna tierra propia. Tal es así que llegó a sacrificar su oficio de carpintero, más cómodo y mejor remunerado por el de agricultor; años más tarde en Cuba. Tomar vino de uvas y elaborarlo, jugar briscas, habilidad que tuve la suerte que nos transmitiera a toda la familia, lo trajo de su tierra, al igual que la costumbre de jugar al dominó, y por supuesto, la confianza en Dios y la Virgen, porque la religión, en Zamora, como en otras regiones de España, era y es fiesta.

La situación económica se agudizaba cada vez más en España; comenzaba la gran crisis social y política del reinado de Alfonso XIII y eran muchos los españoles que emigraban al Nuevo Continente. Unos parientes lejanos de su mamá, de allí del poblado de Rabanales también, a pesar de que estaban en mejor situación económica, decidieron emigrar a Cuba en 1913, y aquí se establecieron en Matanzas, con buena suerte, pues adquirieron algunas tierritas, dedicándose a la apicultura y la ganadería; ellos les escribían a Luisa, la mamá de mi abuelo, para que ella dejara su tierra y viniera también a estos lares con sus hijos a tratar de hacer fortuna con ellos y luego todos regresarían a su Rabanales querido.

Pero para entonces, Luisa ya estaba enferma; sabía que su salud se quebrantaba por días, y que no podría realizar tan largo viaje, por lo que alentaba a sus hijos y a su hermano a que lo hicieran ellos para que se reunieran con sus parientes que eran ya las personas más allegadas que tenían.

El tío Matías seguía con su carpintería; era ya un tío de edad avanzada, que no vivía mal con sus jornales. Su hijo Manolo se había casado y vivía con su mujer quien le ayudaba mucho y no quería dejar a su familia atrás. Isidoro y su hermano, tenían que trabajar y cuidar a su mamá enferma; la vida no les era fácil y la crisis del país cada día se hacía peor; ya desde 1914 había comenzado la Primera Guerra Mundial, y con ella, la gran crisis económica y la amenaza para los hombres jóvenes españoles de irse a la misma debido a la implantación del Servicio Militar obligatorio, con el fin de reclutar hombres, no sólo en España, sino en todos los países que se involucraron en la terrible guerra.

En febrero de 1916 muere Luisa y sus hijos, ante tantas vicisitudes y zozobras, valoran la posibilidad de emigrar, como les pidiera su madre; ya habían perdido el lazo que más los ataba a Rabanales. Podrían cambiar sus vidas, lejos

de allí, al otro lado del mar, a hacer su fortuna y volver con ella a su tierra natal, a esa que hala (sic) como imán, por más duro que sea sobrevivir en ella, porque “la tierra que te ve nacer”, decía mi abuelo, “es tu segunda madre”, y aún hoy el fenómeno migratorio continúa en cualquier dirección; el hombre sigue buscando mejores condiciones de vida, a pesar del dolor que conlleva.

Fue así como una vez coordinado el viaje con los parientes que estaban en Cuba, partieron Isidoro y Nicolás en octubre de 1917 hacia estas tierras a bordo del barco Alfonso XIII, y tras más de 40 días de travesía, arribaron a Triscornia, a donde fuera a buscarlos el amigo José Rivas. De allí, de Triscornia, partieron una vez cumplimentadas las reglas que exigían los tiempos, a instalarse en Palmillas, lugar de asentamiento de los Rivas, que era por aquella época una de las villas más importantes de la provincia de Matanzas. En este lugar, ya el pariente José había recomendado a mi abuelo como carpintero a pesar de su corta edad, comenzando de ayudante en una carpintería del pueblo y su hermano Nicolás sería un jornalero más de sus tierras.

Para mi abuelo, Luisa, quien llevaba el mismo nombre de su mamá, era casi como ella porque desde siempre, aunque el parentesco era lejano, había sido muy buena con él y con su hermano, a pesar de tener ella 4 hijos: Leandro, Esperanza, Inés y Filomena. Así que compartir su mismo techo era para él una bendición, porque además de tener su cariño y apoyo, tenía en sus hijos a buenos amigos.

El tiempo fue pasando. Mi abuelo se fue haciendo todo un hombre junto con su hermano y sus amigos; fue haciendo más amigos: unos españoles y otros cubanos; así la mezcla que perdura. Pero siempre también priorizando en su corazón a aquellos que tenían su mismo origen, y si eran de su pueblito, de Rabanales, pues eran sus hermanos También continuó perfeccionándose en la carpintería donde continuaba como ayudante y además ayudaba a sus patrocinadores en el campo, porque la tierra le apasionaba, como ya dije; su afán era conseguir su pedacito, para cuando llegara el amor y el momento de formar su familia.

Los hijos de los Rivas, de mayor edad, fueron haciendo sus vidas, abuelo contaba que Leandro se hizo apicultor y se enamoró de Trina, otra zamorana, que emigró también con su familia a estas tierras. Esto era muy importante para contraer matrimonio en aquella época, que los novios se conocieran, y si tenían un origen común, mejor; el vínculo de la tierra era como una garantía. Claro que esto era en el caso de algunas familias puesto que ya sabemos que en aquella época también abundó la mezcla de españoles con cubanos, principalmente en el caso de los hombres con negras y mulatas. Las épocas son otras y sin embargo esta afinidad se ha generalizado a ambos sexos, viéndose hoy en las calles de nuestra patria y en la de mis abuelos, parejas de cubanos y

españoles sin distinción de razas. Y sus hermanas, también decidieron formar familia aquí, pues en España la situación no cambiaba: la crisis del reinado de Alfonso XIII continuaba, y aún, más tarde con el golpe de estado del general Miguel Primo de Rivera, en 1923, continuaba la crisis. Inés conoció a Julián Martín, de su misma tierra, quien, como su padre, tenía ya su negocio pero en las canteras del pueblo. Filomena encontró a un salmantino, Amador Valiente, agricultor; y Esperanza se enamoró de un cubano, Juan López, que tenía una lechería y prosperaba con su negocio.

Mientras tanto, allá en Rabanales, Juliana Fernández Rodríguez, mi abuela, consideraba la emigración como una posibilidad para su vida. Nacida el 7 de febrero de 1897, hija de Ricardo, herrero de oficio y Francisca, costurera, era la tercera de cinco hermanas: Isidora, Julia, Juliana, Teresa y Lorenza. Por lo tanto su procedencia era humilde, donde había que trabajar mucho para sobrevivir; así que además de la herrería y la costura, se trabajaba la tierra que por suerte tenían su pedacito; ésta los ayudaba a sostenerse en tan difícil situación económica, así que todas las niñas de la casa, además de aprender las labores manuales, desde hacer el hilo con la lana de las ovejas, el huso y la rueca, hasta confeccionar bellas prendas a partir de él y de las telas que se podían adquirir.

Juliana trabajaba horas con su papá en el campo, así que, sabía de las labranzas de la tierra: ararla, sembrarla de verduras, patatas, algún cereal, hasta de la vid y de la crianza de animales: ovejas, cabras, cerdos, aves, y como he dicho, también sabía de las delicadezas de hacer desde un fino encaje hasta confeccionar cualquier pieza de ropa aprendiendo con su mamá y con el tío Ramón que era sastre. Éste era hermano de su padre; estaba casado con una señora llamada María, con la que tenía una hija, Isabel. Digo esto porque además, nos contaba mi abuela, que caminaba largas distancias para entregar las piezas de ropa que hacían Ramón y Francisca, su madre, muchas veces sola, siendo una adolescente. Juliana con su corta edad, era muy valiente, porque además de los asaltadores de caminos, que no faltaban, existían los famosos lobos rojos (sic) por toda esa zona de Castilla y León a la que pertenece Zamora, que acechaban los caminos, buscando víctimas para su estómago.

Y, por supuesto, la obligación con Dios, las misas dominicales, las procesiones de la Semana Santa, además de otras actividades religiosas, junto con la recreación, eran parte de la vida familiar. En aquel hogar se compartían buenos ratos jugando briscas, comiendo uvas, haciendo el vino que no le puede faltar a los españoles; cuenta cómo se divertían ella y sus hermanas pisando las uvas para hacer el vino y participando en las romerías, aquellas deliciosas romerías donde bailaban la jota, cantaban coplas y vestían los trajes bien lucidos confeccionados. Así creció mi abuela, junto a familiares y amigos, fuerte y alegre,

decidida y capaz. A ella le gustaba mucho tocar las castañuelas, y me enseñó a hacerlo cuando me regaló unas en mi infancia (que aún conservo como recuerdo). Juliana era muy dueña de sí misma, muy bien portada; le gustaba mucho andar muy derecha y elegante al vestirse a pesar de su sencillez, con una maravillosa capacidad de servicio y un valor extraordinario. Cualidades que conservó hasta que quiso Dios que perdiera su mente con una enfermedad cerebro vascular que entonces, por no haber el adelanto científico técnico suficiente en el campo de la medicina, la llevó a la demencia.

Contaba Juliana con 11 años de edad, cuando Ricardo, su papá, falleció, quedando las seis mujeres solas, al frente de todo: de las tierras y la costura. Sus hermanas mayores y ella se ocupaban de la tierra más aún, pero no dejaban de perfeccionarse en las labores manuales. Francisca seguía cosiendo y Juliana continuaba entregando los encargos del tío Ramón y de su mamá.

Las hermanas mayores con el transcurrir del tiempo se enamoraron, Isidora y Julia, incluso Teresa, que era menor que ella. Isidora fue la primera en dejar su casa al casarse con Isaac del Prado, otro sastre zamorano para la familia; y de esta unión nacieron: Pablo, Francisco, Matías, Julia, y Visitación. Se anexan fotos.

El novio de Julia, muy enamorado le prometió que volvería o la mandaría a buscar cuando encontrara mejoras económicas por América; y vino para Argentina; pero allí encontró otro amor y se casó, olvidándose de Julia, que continuaba esperándolo, hasta que tuvo noticias del acontecimiento; ocasionándole la noticia un estado depresivo tal que quiso entrar al convento, a pesar de la oposición de la familia, que sabía que su actitud se debía al despecho, al dolor que sintió al perder al hombre del que estaba profundamente enamorada. Cuenta mi abuela que su estado era muy deplorable; ella sólo quería encerrarse con su dolor, no ver más a los hombres y el claustro le ayudaría en su empeño. Tal fue su deseo que su mamá tuvo que acceder al pedido y llevó a Julia al noviciado de la Congregación de las religiosas del Amor de Dios, Congregación recién fundada, casi se podía decir, ya que la fundó el Padre Jerónimo Usera Alarcón, en 1864. Allí llegó a tomar los hábitos con el nombre de sor María de la Paz Fernández, el 26 de marzo de 1921. Pero sólo vivió dos años más, ya que la muerte como ella quería, vino a buscarla, a pesar de su juventud. Teresa también se casó con Félix Benavente, comerciante, creando una familia más corta, pues tuvo sólo tres hijos: Domingo, Félix y Manolo. Quedaron entonces en la casa la madre Francisca con sus hijas Lorenza, la más pequeña, y mi abuela Juliana, que era su brazo derecho. Lorenza con 13 años de edad sentía una linda vocación religiosa y también insistía a pesar de su corta edad en entrar al noviciado; consultado el párroco del pueblo, que conocía el sentir de la pequeña, su mamá y su hermana la llevaron al convento, al mismo donde

estaba Julia, convencidas de que Lorenza serviría a Dios y a los hombres con mucho amor, como lo había hecho ya el fundador de la Congregación. En el noviciado permaneció con su hermana hasta que la vio partir definitivamente, continuando ella hasta llegar a profesar, con el nombre de Sor Pureza de María Fernández. Ella, como dije al principio, fue siempre el puente, la que unió a nuestras familias de Cuba y España, hasta que la muerte se lo impidió, y dentro de su congregación, según cuentan sus hermanas, realizó un hermoso trabajo, principalmente, como maestra novicia, o simplemente como maestra; a ella no tuve la dicha de conocerla personalmente, pero puedo decir que sus cartas, que fueron muchas durante toda su vida, (las cuales conservo con mucho cariño al igual que sus fotos), me la mostraron y por ellas, más lo que cuenta mi familia, guardo de ella un dulcísimo recuerdo y muchas enseñanzas. Mi abuela guió mis primeros pasos en la fe y ella, desde lejos, también fue una maravillosa guía. Pero voy a dejar a nuestra tía ahora porque de ella puedo hablar mucho y lo haré más adelante. Anexo algunas de sus cartas y fotos, de diferentes fechas y lugares por donde transitó; todas son demasiadas.

Poco tiempo después de dejar a Lorenza en el noviciado, Francisca, la mamá de mi abuela, fue perdiendo su salud, de manera que a finales de 1918 cae en cama para morir, quedando en aquella casita del pueblito de Rabanales sólo Juliana, mi abuela, con el dolor inmenso de perder lo más sagrado que tenemos en la tierra, la madre, pero con su valor y su destreza para las labores, tanto manuales como de cualquier índole, siempre que de trabajar honestamente se tratara, permaneció allí tratando de sacar adelante las tierritas de la familia; pero los tiempos seguían duros, la guerra se había acabado con todas las consecuencias funestas en la economía y en todo el ámbito social, siendo muy duro para una mujer sola enfrentar tal situación. Sus hermanas estaban: dos casadas y dos en el convento. Ella ni siquiera se había enamorado; quizás, por tanto trabajar y ocuparse de la familia, no había tenido ni tiempo para buscar el amor; entonces comenzó a valorar la posibilidad de dejar sus tierras al cuidado de sus hermanas y su tío, que ya no sería igual, pero para ella emigrar como tantos coterráneos a probar suerte, donde parecía que era más fácil salir airoso de la prueba.

Las hermanas conociendo de su triste realidad, la alentaron en su idea, incluso sus hermanas religiosas, y más que nadie su tío Ramón, que conocía bien a su sobrina Juliana, sabía de sus virtudes, así que, tenía el convencimiento de que cualquier familia en Cuba la colocaría como doméstica y se abriría camino en el Nuevo Mundo; y, ¿por qué elegir Cuba? porque conocían que de su pueblo algunos habitantes se habían establecido aquí, y más o menos se iban desarrollando; así que confiando en la Divina Providencia, Juliana se encontraría con algún zamorano que la ayudara. Por otro lado, a la Argentina

mi abuela no quería venir, no fuera a encontrarse con el causante de tanto dolor para su hermana, y ella no deseaba verlo; así que finalmente el tío Ramón se puso en función del viaje y cuenta mi abuela que el 8 de marzo de 1920, contando con 23 años ya, la llevó al puerto de Bilbao y le compró el boleto para zarpar en el barco “Marqués de Comillas” que después de surcar el Atlántico, aproximadamente 30 días, llegó a La Habana. El tío y sus hermanas, quedaron en España, esperando que Juliana regresara cuando la situación económica y social del país mejorara y ella hubiera logrado alcanzar una economía que se lo permitiera. En el barco, con mil pensamientos, pero sobre todo con el de encontrar rápidamente un trabajo; rezando para que así fuera, Dios se lo concedió porque durante la larga travesía, se encontró con una familia de buena posición española, de la ciudad de Santander, que ya estaba establecida aquí, en Cuba, hacía cuatro años y que había ido de visita a España. Aquí en Cuba residían en la provincia de Camaguey y casualmente necesitaban una sirvienta doméstica porque la señora Ana esperaba un hijo. Juliana, viendo en ellos unas personas afables, le dieron confianza para decidirse a preguntarles si podían contratarla a ella. Y Ana, que había conversado mucho con Juliana pensó que ella podía servirle perfectamente; así que habló con su esposo Juan, para que Juliana se fuera con ellos a Camagüey, ya contratada, como su doméstica.

Ya en Cuba, la familia salió de Tricornia y mi abuela con ellos; la nueva familia, vamos a decirlo así, permaneció unos días por La Habana y posteriormente se trasladaron a su provincia. Allí mi abuela tenía su primera colocación en Cuba. No conocía a nadie más, por supuesto, ni tampoco sus costumbres eran iguales a las de ella, ya que Santander no era de la zona de Castilla y León, así que sólo el valor y la entereza de abrirse camino la mantenían, sustituyendo sus tristezas y añoranzas por su querida tierra con el trabajo y el servicio, pues mi abuela decía que el trabajo era su mejor compañero y el servicio era la condición de los cristianos, por eso su espíritu era fuerte y hasta su cuerpo ya que siempre, gracias a Dios, gozó de buena salud en general hasta que al final de sus años enfermó.

Ana tuvo a su hijo. Ella la asistió y ayudó casi un año, pero durante ese tiempo fue teniendo noticias de que en la provincia de Matanzas vivían muchos zamoranos, incluyendo algunos de su querido terruño de Rabanales. Así que la nostalgia por su tierra la hizo añorar, reunirse con ellos para compartir esperanzas y costumbres, por lo que decide hablar con sus empleadores, Ana y José, para plantearles sus deseos de venir hasta Matanzas, con la certeza de que encontraría a alguien conocido, de su pueblo. Ellos la comprendieron, e incluso la ayudaron en su empeño, pues habían conocido a algunos españoles de Matanzas, recomendándola al doctor Nicanor González, farmacéutico del pueblo de Manguito, que precisamente era de Zamora.

Así que en febrero de 1921, abandonó Juliana Camagüey para establecerse como empleada en la casa del farmacéutico del pueblo de Manguito, cercano a Colón, en Matanzas, comenzando así a relacionarse, como ella aspiraba, con sus coterráneos zamoranos. Fueron pasando los días hasta que se encontró a la familia de los Rivas, y también por supuesto se reencontró con Isidoro y Nicolás, a los cuales conocía del terruño, no de mucho trato, pero como decimos actualmente de vista; grande fue su sorpresa y alegría y, aunque mi abuelo era dos años menor que ella, se enamoró de aquella mujer que encontró muy virtuosa; así que con este encuentro llegó también el amor, ya que mi abuela, a pesar de tener otros pretendientes más acomodados, le correspondió, porque para ella era muy bueno eso de que Isidoro fuera además de Rabanales, por lo que decidieron unir sus vidas el 5 de agosto de 1922, ante Dios y los hombres, permaneciendo unidos por 57 años, hasta que como Dios manda, la muerte los separó. La ceremonia de casamiento se celebró en la casa de los Rivas, que los acogió como esposos los primeros tiempos, hasta que ellos se establecieron en el Central “Mercedes Carrillo”, cercano a Colón. Allí mi abuelo consiguió trabajar como carpintero nuevamente y mi abuela se dedicaba a las labores que por aquellos lares fueron bien cotizadas, ya que como dije antes, ella era, no porque era mi abuela, sino por el decir de muchos por donde pasó, una excelente tejedora, costurera, y hasta enfermera, porque cuentan que además, hacía largos recorridos a caballo para poder inyectar a quien lo necesitara.

Allí nacieron dos de los cinco hijos de aquel matrimonio: José y Concepción. Permítanme contarles algo que para mí es relevante, y es que Concepción nació, sietemesina, y mi abuela, demostrando una vez más sus cualidades y destrezas, logró salvarla, manteniéndola los dos meses que le faltaban para su tiempo reglamentario, en su seno, envuelta en paños y cuando la sacaba para el aseo y alimentarla lo hacía en lugares oscuros, y así con ella pegadita a su cuerpo, para darle su calor, continuaba sus labores domésticas. ¿Curioso, verdad? Hoy, mi tía Conchita, como le decimos todos, cuenta con 82 años y se puede decir que ha sido un roble. Posteriormente, mi abuelo que soñaba siempre con tener su tierrita y trabajarla, logró arrendar unas en Reinoso, batey aledaño al central; allí permanecieron hasta que nacieron el resto de los hijos: Ricardo, Luisa y Modesta (a quien siempre se le quedó el apodo de Tica). Y todos los hijos fueron bautizados por los coterráneos que iban encontrando, de manera, que la familia crecía conservando siempre el vínculo con la tierra de origen en las personas que de ella aparecían (sic). Fueron una familia humilde, sencilla, pero feliz. Todos los hijos, en mayor o menor grado, conocieron las labores del campo, el cuidado de la tierra y de los animales, la cría y las tareas domésticas, cargar agua de los pozos, a largas distancias, las niñas aprendieron además el arte del tejido en todas sus manifestaciones, todas las noches la

familia se reunía a la luz del quinqué para hacer hilo, unas veces, otras, para tejerlo, y los hijos, escuchaban a sus padres contarles sus orígenes, sus esperanzas, sus sueños, lo que habían vivido en su país y por qué y cómo decidieron emigrar a esta tierra, y, por supuesto, crecían aprendiendo sus costumbres, aprendiendo a fabricarse sus propios juguetes, sí, muñecos con tierra, como lo hicieron sus papás allá en Zamora.

Pero todo no era trabajar; el domingo se reunían con otros emigrantes y jugaban briscas, cubilete, dominó, tomaban el vino de España, comían chorizos, morcillas, y otra golosinas confeccionadas por mis abuelos y a veces bailaban la jota, cantaban las coplas que aprendieron en su pueblo, al son de las gaitas, de las panderetas y el de sus manos y sus pies. Cuando las Navidades llegaban, el vino, los turrones, las nueces, las avellanas, el membrillo, y otras golosinas no faltaban.

Por su parte, sor Pureza, la hermana menor de Juliana ya profesa, también tenía su familia en la Congregación del Amor de Dios, y trabajaba por llevar el Evangelio a todas partes y por hacer crecer esa familia, ya que fue maestra novicia en muchas ocasiones y, afortunadamente, emigró a América a traer el carisma de su congregación; emigraba por el Amor de Dios, siendo así que en 1925, recién jurados sus votos, pudo venir a Cuba, y conocer a sus sobrinos y su cuñado y volver a ver a su hermana, con la cual, era muy afín, a pesar de la diferencia de edad y de caracteres. Aquí permaneció por diez años constituyendo su estancia, una gran alegría para todos, principalmente para los más pequeños que sólo conocían al tío Nicolás, de quién más adelante hablaré también ya que sus relatos me han sido de gran utilidad para contarles esta historia. Volviendo a la estancia de sor Pureza aquí en Cuba, cuentan que, poco a poco fue relacionando a su familia con las hermanas religiosas que fue conociendo durante el transcurso de los diez años que permaneció aquí. Llegaron a familiarizarse tanto, que las unió un afecto grande durante todas sus vidas entre sí y con el resto de la familia. Cito la más querida para la familia, de la cual Tica y Luisa guardan muchos bellos recuerdos, la madre Corazón Jesús que era también española, y la hermana sor Marta, cubana. Después, nunca más por más que lo quiso pudo volver a Cuba; estuvo cerca, ya que trabajó durante cinco años en Puerto Rico; años mas tarde, porque cuando salió de Cuba la enviaron a Portugal, donde permaneció por 18 años trabajando en diferentes colegios y casas de la Congregación y volvió a la Península Ibérica para sembrar su amor en Oporto, en Toro (Zamora), en Salamanca; para volver a Puerto Rico, como dije, en el año 62, como superiora de uno de los colegios que allí existían. Estando ella allí, celebró la congregación del “Amor de Dios” sus 100 años de fundada, en 1864.

Luego regresó a España a continuar su labor en otros colegios, siempre obediente, amorosa y pendiente de sus dos familias, la del Amor de Dios y la que tenía en sus hermanas de sangre y demás parientes; trabajando ahora en Jimena de la Frontera, Albacete, Porto, Granada, y terminó sus días en Barcelona, también anhelando durante todo ese tiempo al menos de vacaciones poder volver a visitar a Juliana y su familia. El 18 de diciembre de 1978 a las 4:00 p.m., a la edad de 73 años, abandonó sus restos mortales para unirse para siempre con su Esposo, Jesús. Fue la hermana sor María Esther Fernández (casualmente llevaban igual apellido) a cuyo cuidado estuvo durante los días finales de su penosa enfermedad, la que nos comunicó la triste noticia, y cómo soportó su dolorosa enfermedad con mucha entereza y piedad, según consta en su carta. Ella conociendo del cariño y la preocupación por su familia carnal, se vio en el deber de hacernos saber su fallecimiento, porque sor Pureza, aún estando ya bien enferma, se valía de sus hermanas, para que nos escribieran en su nombre y nunca nos contaba de su mal estado de salud. Sólo conocíamos por ella de sus viajes a Portugal a tratarse con aguas medicinales para el hígado; muchas cartas recibimos de Coimbra, casa donde generalmente paraba en esas ocasiones sor Pureza; hasta en sus últimas cartas hacía alusión a su deseo de volver a “Cubita la bella”, siempre se refirió así a nuestra patria. Son muchas sus cartas, porque nunca se interrumpió la comunicación con ella y, por medio de ella, con otros familiares también, como primos de mi mamá, incluyendo a sus hijos y hasta nietos, nos carteamos y hemos conocido a Aurora, que por dos veces ha visitado Cuba, y es nieta de Paco, el cual se mantiene en Zamora, al igual que otros de ellos, algunos migraron a otras provincias; la familia de Teresa que se fundó en Salamanca y ahí continúa.

Las religiosas del Amor de Dios fundaron varios colegios en La Habana: tres, en San José de las Lajas, Cotorro y en La Víbora, también en Florida, Camagüey, Ranchuelo y en Santa Clara, donde además tenían una casa para el noviciado en Matanzas, y en el pueblo de Colón un asilo para niñas huérfanas. En el Asilo de Colón estaba de Superiora la Madre Corazón de Jesús, muy amiga de tía Sor Pureza, también zamorana; así que a partir de entonces, la madre Corazón pasó a ser como de la familia. Mi abuelo ayudaba en la carpintería del asilo y mi abuela y sus hijos cuando podían, porque entonces aún vivían en un lugar retirado del pueblo llamado “Las Caobas”. Todos estos centros religiosos como otros se cerraron en el 1961, hasta que en 1989 se reanudó para dicha nuestra y el bien de la Iglesia, la labor de las Hermanas del Amor de Dios en Cuba, que es hermosa, con sus guarderías para los niños más necesitados y los programas de ayuda y promoción del hombre. Digo que para nosotros es una dicha porque mi tía abuela, fue muy querida en su Congregación, en todas partes donde estuvo entregó mucho amor, tanto, que sus compañeras

y alumnas, dan testimonios de ello; cuando en 1974 cumplió sus cincuenta años de vida religiosa, tuvo una linda celebración, y todo el que la conoció la recuerda con mucho cariño. Actualmente, en el Arzobispado de La Habana, prestan sus servicios Hermanas de esta comunidad religiosa y casualmente dos de ellas conocieron a nuestra tía, sor Teresa Vaz, la cual fue su alumna novicia en Coimbra (Portugal), y la hermana Pilar García quien la acompañó en varios lugares y aparece incluso en el recorte de periódico del centenario de la Congregación. En otras casas del país, viven otras hermanas que la Conocieron según nos refieren ellas pero no tengo el gusto de conocerlas.

Nicolás, el hermano de Isidoro, que ya se había independizado de los Rivas para irse al Central “Mercedes Carrillo” también, ya que había encontrado a una salmantina, Maria Luisa Hernández, de quien se enamoró y decidió formar una familia. Su familia fue más numerosa, pues tuvieron 7 hijos: Felino, Lucila, Juana, Turiano, Araceli, Teófilo y Juliana. Actualmente María Luisa y algunos de sus hijos permanecen en este lugar; algunos se han desplazado pero dentro de la misma provincia, de Matanzas. Tío Nicolás falleció el 10 de julio de 1996; a él también mi modesto homenaje, porque sus historias eran siempre gratas, ya que le gustaba mucho conversar y contarlas; además era muy cariñoso: recuerdo cómo nos recibía cada vez que lo visitábamos, al final de sus días cuando ya estaba privado de la visión nos conocía por las voces y mantenía siempre su cariño y locuacidad; actualmente continuamos la relación con su esposa y sus hijos, principalmente con Lucila, que es como de la casa; así que ellos son parte también de este recuento familiar. Tío Nicolás murió 16 años después que mi abuelo, por lo que pudo presenciar el afán de los hijos de españoles por recuperar la ciudadanía de sus padres; una de sus hijas, Lucila precisamente, así lo hizo, a pesar de la distancia del Consulado y, desde 1997, recuperó la ciudadanía de sus padres.

Volviendo atrás en el tiempo, en España, las familias de las hermanas de mi abuela crecían, y sor Pureza era el puente de comunicación entre tan larga distancia; sus cartas no faltaban y mi abuela, a pesar de su poca instrucción, había al menos aprendido con mucho esfuerzo y dificultades a escribir y a leer y siempre contestaba algunas letras y otras veces, le encomendaba la tarea a mi tío mayor que fue el que permaneció junto a mis abuelos en la casa paterna hasta el final de sus días. Sí, porque a pesar de todo, los hijos de Juliana e Isidro, todos, recibieron clases en aquellas tierras tan lejanas, así que todos leían y escribían. El tiempo implacable transcurría y mis abuelos, sobre todo mi abuela, continuaba deseando mucho poder volver a su tierra al menos de visita para ver a sus hermanas, a su tío querido, ya envejecido, y a su prima, Isabel, que también, había tomado los hábitos . Gracias a Dios, por aquella época la familia de abuela tuvo muchas vocaciones religiosas. Pero la situa-

ción económica no mejoraba por ningún lado y los pasajes eran muy costosos, así que continuaban soñando y conformándose con la correspondencia. Mi abuelo se aplatanó (*sic*) mejor porque realmente ya no tenía lazos fuertes que lo ataran a Rabanales; y nada, porque cada cual es como es, como dice desde niño mi sobrino Orlandito. Así que gracias a tía Sor Pureza, hasta los sobrinos de mi abuela algunas veces escribían y con el tiempo, cuando ellos a su vez se casaron e hicieron sus familias, como sus primos cubanos, la nueva generación mantuvo la comunicación y así sucesivamente hasta nuestros días en que otra generación nos ha sucedido y la comunicación es mayoritariamente por correo electrónico.

La emigración, es un fenómeno tan antiguo como el mismo hombre que siempre busca: busca libertad, busca mejoras económicas, busca reunirse con familiares y amigos, busca mejores condiciones climáticas, busca siempre encontrar algo que cree mejorará su vida, y esa búsqueda siempre conlleva el dolor de perder lo que se tiene, porque siempre queda algo, y cuando así no sea, queda el suelo que pisaron los pies por primera vez, la tierra con que jugaste de niño, la que recogió, lágrimas, sudores y otras cosas... Ojalá llegara el día en que el hombre no tenga que dejar su lugar, no tenga que emigrar, no tenga que buscar en otros lugares; ojalá todos, en todas partes tengamos la posibilidad de vivir dignamente. Aunque quizás, sea la emigración un fenómeno necesario para mezclar costumbres, razas, ideas. Digo todo esto porque el sufrir de mis abuelos por su tierra natal y por lo que en ella dejaron, me marcó, aún sin conocer en carne propia el dolor de la separación familiar por la emigración; como ahora, ellos estaban junto a mí y continúan junto a mí, pero murieron sin volver a poner sus pies ya cansados de tanto trabajar en la tierra que los vio nacer. Ahora sufro por otras separaciones de familiares y amigos que, por supuesto, quiero mucho y que tampoco están conmigo porque siguen buscando con la emigración mejoras para sus vidas. Retomo la historia de los protagonistas (es que como no soy escritora voy saltando en el tiempo según vienen a mi mente las ideas, no logro deslindar a las personas ni cronológica, ni espacialmente).

Los hijos de Juliana e Isidoro se hicieron jóvenes, con aspiraciones y sueños también; se fueron enamorando para así dar continuación a la descendencia de estos emigrantes. La segunda de los hijos, fue la primera en enamorarse y casarse; lo hizo, por cierto, con un cuñado del tío Nicolás, con Patricio Hernández, en 1946 y se fue a vivir con su esposo a otro lugarcito cercano al Central “Mercedes”, a la “Inés”. Allí nacieron los mayores de sus hijos, porque luego su esposo y su hermano José decidieron comprar una finca en una zona conocida como “Camejo”; los dos trabajaban la finca y recibían los beneficios de la misma. Y en este lugar nacieron el resto de sus siete hijos: Ondina, Ne-

reida, Modesta, Gilberto, Armando, Fernando y Onelio. Permanecieron en él hasta hace algunos años que emigraron más cerca de Colón, a un crucero conocido como los Arabos; con los años, las labores del campo se vuelven muy difíciles. Ya ellos tienen bisnietos, así que la familia se va dispersando en el espacio y el tiempo, si queremos, no en espiritualidad. También a José le llegó el turno del amor por los años 50; se casa y se queda en la casa paterna pero comprende que debía independizarse y decide venir a probar suerte a Colón que era entonces, después del centro de la provincia, la villa más importante de Matanzas; así que emigrar para la ciudad era una garantía para prosperar; probó suerte, compró un puesto como se conocía entonces, pero no obtenía las ganancias necesarias para adelantar el negocio y entonces mi mamá, Luisa, que sacó el carácter de mi abuela, emprendedora, alegre, fuerte, decidida, vino a los pocos meses, con el fin de tratar de salvar el negocio y como se lo propuso, lo logró; ya después, vino mi abuelo, hasta que finalmente a los dos años estaban fabricando una casita en Colón, casa, que aún conserva sus cimientos, donde murió mi abuelo, se enfermó mi abuela, y luego murió mi tío José. Aunque hago la salvedad de que mi tío, permaneció en las Caobas hasta que su matrimonio se rompió, después de tener su primer hijo, José Blanco (como él). Entonces volvió al hogar materno ya en Colón. Ricardo, por su parte, nunca quiso abandonar el campo; permaneció siempre junto a sus caballos, sus vacas y sus sembrados; se casó con una muchacha de Nuevo Oriente, Catalina Tejera, cuyo padre también era isleño, en junio del 1954. Ese lugar era algo más lejano aún de donde vivían sus padres, pero de allí nunca salió por más que su mamá se lo pidiera, (hasta le compró más adelante un terrenito en Colón, cuando ella con sus preciosos tejidos, ganaba su dinerito). Lo dejó definitivamente cuando lo sacaron casi sin vida para el Hospital de Colón, donde murió ese mismo día, el 28 de diciembre del 2000. Como todos tuvo sus hijos, tres varones: Gilberto, Ricardo y Jorge, quienes conservaron su tradición campesina, hasta que Jorge, el menor de ellos decidió salir a la ciudad y vive actualmente en Varadero, cerca de su primo José. También en este año, de 1954, se casaron Luisa y Modesta; la primera el 14 de febrero con Brígido Gálvez, descendiente de familia cubana, y tuvo a María de los Ángeles, a Orlando y Modesta en diciembre con Israel Rabelo, también de descendencia cubana, procreando a Dulce y Carlos. Pero ellas no se quedaron en Colón, sus respectivos esposos habían emigrado a La Habana, antes del matrimonio y tenían cada uno su respectiva bodega, así que se casaron en la iglesia de Colón y de la luna de miel vinieron para la capital, por lo que sus hijos somos habaneros. Por entonces se viajaba fácilmente de Colón a La Habana y siempre nos manteníamos visitándonos; mis abuelos venían, nosotros íbamos. Con el tiempo, y las dificultades del transporte, las

visitas no podían ser semanales, pero en las vacaciones yo me estaba bastantes días allá con mis abuelos y tíos, también escuchando las historias y costumbres de Rabanales, haciéndome la idea de que algún día podría acompañar a mi abuela a ver a sus parientes, que ya conocíamos por cartas y fotos, claro que eso era algo que queríamos todos, porque repito, tía sor Pureza, siempre nos tenía actualizados de los acontecimientos por el otro lado del Atlántico y se las ingeniaba para que a medida que venían las nuevas generaciones siguiéramos en contacto. Durante nuestras vacaciones junto a los abuelos, jugábamos briscas, dominó, cubilete, aprendíamos a tejer y otras habilidades manuales y hasta algunos cantos de la tierra.

Como ya hice la salvedad de que no estoy para nada siguiendo un orden cronológico, quiero referir aquí, que las vacaciones de 1972 fueron memorables para mi familia materna por celebrarse las Bodas de Oro de mis abuelos: nos reunimos todos y como parte del festejo fuimos a darle gracias a Dios con una misa de Acción de Gracias; fue muy lindo; para mí fue un testimonio de lo que es un matrimonio, toda una institución; por eso cuando decidí casarme seleccioné esa misma fecha, pidiéndole a Dios que mi matrimonio perdurara como aquel; además de que esa fecha es muy linda desde el punto de vista religioso. Y ha durado, gracias a Dios, treinta años.

Por supuesto, la vida continúa y excepto, Dulce y yo que no tenemos hijos, el resto de los descendientes siguen añadiendo hojas al árbol genealógico de los protagonistas de esta historia, que lejos de su patria crearon una familia, que los recuerda y venera con cariño y admiración. Ese fue su aporte a la sociedad, ya que la familia, es la sabia que nutre la vida social; no voy a repetir lo que dicen sociólogos, educadores, etcétera, porque eso todos lo sabemos.

En 2001 nos decidimos a que Luisa y Modesta optaran por recuperar la ciudadanía por mi abuela, dado el lazo que existía entre las familias y ambas comenzaron la tramitación que tuvo feliz término en el 2004. Durante estos años conversando en las colas y demás, supimos de la existencia de la Sociedad Zamorana, de lo cual no teníamos conocimiento, y también averiguamos dónde y cómo podíamos asociarnos y una vez que tuvieron la ciudadanía, mi tía y mi mamá se asociaron en el año 2005. Mis primos y yo también la solicitamos, y a partir del año en curso, nos aceptaron a Dulce y a mí. Y quiero decir, que desde que acompañaba a mi mamá y mi tía a las actividades, me he sentido muy bien, ya que además de conservar vivas las raíces de nuestros antepasados zamoranos, con los bailes, cantos, juegos, vinos, turroneos típicos, se imparten conferencias explicativas, se celebran peñas culturales, y otras actividades que unen a los zamoranos y sus descendientes para prolongar lo que desde la época de mis abuelos practicaban continuamente, una solidari-

dad con aquellos que iban encontrando a su paso de Zamora; era como si un imán poderoso los atrajera, por eso quiero recordar aquí el lema de la Colonia Zamorana de Cuba: “La confraternidad de todos los zamoranos y familiares, protegiéndonos mutuamente”.

Disculpen los que lean estas páginas, mis pocas dotes de escritora, discúlpenme abuela y abuelo, tía sor Pureza, tío Nicolás, mi mamá y mi tía Modesta, si algo que escuché, olvidé relatarlo aquí; sólo intento que se conozcan las historias de dos emigrantes más de los tantos que a principios del siglo pasado tuvo España. Repito y me perdonan también por tanta repetición, quede este relato como un pequeño homenaje a mis abuelos, a sor Pureza y al tío Nicolás, porque como dije son los protagonistas de esta historia, que es muy sencilla, pero que encierra el amor familiar; y aclaro que sor Pureza nunca emigró, pero sin ella no hubiera existido el puente para unir, tan necesario en las familias. Porque cuando después de muerta, los primos distantes alejaron la comunicación y la información que conservábamos, nos fue de inestimable valor para reencontrar a la familia, que en aquel momento gracias al Plan Añoranza, pudo comunicarse telefónicamente una de las primas con Modesta, y luego nos ayudaron con los trámites de recuperación de la ciudadanía de Luisa y Modesta, y desde entonces, como ya he dicho se ha mantenido la relación. Quede este relato también como recuerdo a toda mi familia materna, que es la descendencia de Isidoro y Juliana, que dejaron el mundo de los vivos el 9 de febrero de 1978 y el 10 de septiembre de 1987, respectivamente, aunque viven en nuestros recuerdos muy profundamente, y que por él, se mantenga unida y armónica, con el amor y el respeto a la dignidad, que ellos nos enseñaron y al que toda familia tiene derecho.

Por último quiero decir, que las horas de sueño que he sacrificado y el cansancio que he soportado al realizar este trabajo quedan suplidos por el placer que he obtenido con esta experiencia maravillosa, porque volviendo a ver y leer tan lindos recuerdos los he vuelto a vivir, corroborando el valor inestimable de una carta, de una fotografía, y el fundamental, el de la familia. Ya dije que soñé con acompañar a mi abuela a su tierra natal; los hijos y los nietos, nos rifábamos un viaje que nunca llegó; ya no puedo acompañarla a ella pero quizás algún día Dios me permita visitar los lugares que ella hubiera querido visitar, conocer a los parientes que ella no pudo conocer y guardar más recuerdos en mi corazón de la tierra de mis abuelos. Muchas gracias por dedicar parte de su valioso tiempo, con mucha paciencia a la lectura de tan sencilla historia, además tan mal contada. Gracias a mi tía Tica, que respondió muchas de mis preguntas y sobre todo a mi mamá, Luisa, que desde que comencé a redactar esta Historia, pasé mucho tiempo acosándola a preguntas

y sin cuya ayuda no hubiera podido terminarlo, por lo mucho que me ha ayudado en todos los aspectos. Lo último que digo es que *el amor de Dios reine en nuestros corazones*, lema de la congregación de estas religiosas del Amor de Dios. Respetando a aquellos que no lo crean pertinente, porque para eso somos libres de pensamiento. Por suerte, el mundo a pesar de tantos males, continúa cultivando el amor.